Temible actualidad

Bilbeny, Norbert. *Tallaferro & Tocafusta o la dificultat de perdonar*. Palma de Mallorca, Leonard Muntaner Editor, Aliorna 31, 1ª ed., 2011.

A mi madre y a mi hermano, que lo saben

Hay hechos y sentimientos que demuestran una peculiar renuencia a desaparecer, a integrarse en esa dimensión indiferenciada que al cabo no hará sino acogernos a todos. Perduran en el tiempo, forman parte del paisaje y entre los rasgos de muchos, dibujan rictus severos o amables, según su natural. Su persistencia, motivo de alabanza o denuedo (otra vez a partir de un carácter previo), no sólo brinda color y gráfico contraste a lo demás, asimismo ofrece una ocasión única para describir y entender al sujeto que los posee, a la época que los vive.

¿Ejemplos? Demasiados, sobre todo si atendemos a la condición de los tiempos actuales, se diría tan exquisita, tan intrínsecamente convulsos; jornadas de ira, cuando no faltan motivos de viva preocupación ante una creciente penuria y una desesperanza en absoluto menor. No, sería baladí y prolija cualquier enumeración al respecto, que de cualquier manera nos alejaría de los sanos cauces por donde debiera transcurrir esta recensión, la cual sólo aspira a noticiar una obra de ficción. Basta, por otro lado, señalar al primero de todos: el mal, sin duda.

Desde luego, nada menos complicado que percibir su evidencia corriendo por las páginas de la historia, inmiscuirse en su negro sobre blanco, o incluso entre nosotros: con frecuencia altera y aun amenaza nuestro cotidiano vivir, siempre desde manifestaciones patentes (el horror puro y duro) o con la sutileza que caracteriza a la doblez o a la envidia, a pesar de que una vida que merezca ser vivida tampoco podrá dar la espalda con prontitud al abismo, al dolor; antes al contrario, querrá para su necesaria constitución una victoria efectiva sobre estos, lo que por cierto hace de la ética una disciplina *vital* (en toda la amplitud de la acepción). Resulta obligado, acaso inevitable, pensar y buscar su necesario contrarresto. Muchos hay también, pero quizá el perdón sea el principal.

Éste supone el eje del libro que ha pergeñado Bilbeny. Su autor es con seguridad uno de los intelectuales catalanes más poderosos y atractivos que hay en la actualidad. Catedrático de ética en la Universidad de Barcelona, decano de la Facultad de Filosofía, investigador y profesor invitado en distintas universidades de América, cuenta con una ya dilatada obra escrita y con algunos de los premios más prestigiosos que existen en el ámbito de las letras, las ciencias y las humanidades. Filósofo lleno de curiosidad (si esto no supone una grave redundancia), de variadísimos intereses, su trabajo recoge, comenta y amplía temas procedentes de la ética, la política, la historia de la filosofía o la interculturalidad, desde una

perspectiva de inequívoca honestidad y decidido didactismo. De hecho, el origen de esta reseña participa de algún modo de todas estas virtudes.

Puesto que, aunque se trata, como ya dijimos, de una obra de ficción, formalmente presenta interesantes peculiaridades; en efecto, su carácter novelesco queda un tanto velado por la estructura que le brinda de un orden y sentido, la cual se concreta con la forma mayoritaria de largos diálogos. Esto no debe tomarse como un grave inconveniente, ni mucho menos, porque no llega a confundirse con los gloriosos precedentes que suponen los tratados de Platón o de Galileo, entre otros muchos, quienes gustaron de trasladar sus ideas filosóficas o científicas a la amena sucesión de varias voces, que profieren distintos personajes, no obstante los nombres de los seres que pueblan las páginas de Bilbeny responden a una decidida vocación de arquetipo, de denotar con el críptico sentido de lo simbólico quizá lo que tenemos de común, de general, a pesar de tantas y tantas singularidades; al fin, este factor no estaría alejado del talante platónico. Hasta donde alcanzamos a ver, sería ésta la única coincidencia reseñable con el genio griego. Pero tampoco se trata de una reformulación narrativa de una pieza teatral. Más bien, y entramos dentro de la mera valoración personal, discutible siempre, el encabalgamiento de palabras, emociones, hechos e ideas, presenta un claro paralelismo con esos usos actuales, tan caros de algunos programas televisivos, donde prima la conversación sobre cualesquiera otros fenómenos y supone la expresión el fundamento sobre el que se levanta su ser. Nuestro libro participa de ese carácter, tan inequívocamente democrático, dado que, por encima de todo, pesan las distintas opiniones, el peculiar y muchas veces trágico punto de vista de los individuos que bullen en aquél.

Otro aspecto que con notoriedad llama –o puede muy bien llamar– la atención del lector está en la prodigalidad de las pequeñas historias que engarzan sus páginas, tantas que se diría conforman, contempladas a vista de pájaro, un laberinto intricado, una precipitación de vivencias, por lo general dramáticas (u oníricas como el inspirado bestiario al cual una de las hijas de los protagonistas da cobijo), que empujan a quien las viven a tomar decisiones, a justificar juicios, y son asimismo el más óptimo de los instrumentos a la hora de desentrañar la vasta personalidad de aquéllos, el motor que mueve sus vidas. Más aún, parece que el autor, al constituir su texto merced a esa naturaleza bifronte, conformada por las pláticas que se van entablado y las anécdotas que se suceden, quisiera presuponer o casi avalar una ontología de lo humano fundada básicamente en la palabra, en la narración, esto es, la capacidad de traducir a signos orales o gráficos la vida de cada uno, o la de todos, y aspirar así a la necesaria universalidad, que en el campo de la vida cotidiana conduce a la sana convivencia, y en el de la literatura, a esa rara comunión merced a la cual escritor y lector pierden sus respectivas idiosincrasias y se funden, forjan una auténtica unidad. La gracia, el vivo colorido de esas historias, la imprevisibilidad del desenlace general del libro –que no desentrañaremos para proteger la lógica sorpresa de quien lo lea– hacen de éste un relato de ficción de primer orden.

Y algo más. Asimismo está, prevalece, la idea motriz de la obra, que tanto de actual, de dolorosamente actual tiene: el perdón. Es evidente que debemos al cristianismo la importancia de este último en nuestra cultura, por razones obvias,

no obstante adolezca de un carácter más teórico que práctico, tenga menos de remedio efectivo que de vacua salmodia: baste sino recordar —y por aludir a la contemporaneidad— cómo los que ahora proclaman reconciliaciones y olvidos no se olvidaron de beatificar a sus propios mártires y mantuvieron abierta la herida de la Guerra Civil. Incluso Bilbeny tiene ocasión de aludir a lo más negro de nuestra historia, así como al patente cainismo del que hacen gala, con lamentable perseverancia, las actitudes de algunos en este país y no pocos de sus planteamientos. Desde luego, se abstiene de una inoportuna moralina, de un discurso con veleidades teológicas, para analizar la capacidad y necesidad de perdonar desde una dimensión netamente racional. Cautivan la atención las distintas clasificaciones que hace de las mismas, desde el perdón liso y llano, que con frecuencia puede confundirse con la indiferencia o la apatía, hasta la renuncia de perdonar mas no de olvidar (y nos negamos a ser exhaustivos con extremo para no brindar demasiadas claves al lector y alejarlo así de su lectura), si bien subyace, de nudo incógnito, un indiscutible vitalismo, un amor a la vida que anima a celebrarla más allá de la estrechez de miras que supone una excesiva memoria o de la vuelta de tuerca que evoca todo obstinado resentimiento.

Pululan por las páginas personajes ficticios, pero también históricos: filósofos de renombre, política de indiscutible talla, todos en ameno aquellarre para ofrecer su propia opinión sobre la conveniencia de disculpar o no las ofensas, de pasar página o reiterar el sufrimiento. El motivo que origina la aparición de tan feliz concurrencia lo supongo en la larga sucesión de horrores que ha conocido nuestra historia más o menos reciente, el relato del tremebundo siglo veinte. De pasada, algunas veces indeliberadamente, Bilbeny ha sabido aludir, como ya dije, a la pesadilla de la guerra civil española, al segundo conflicto mundial y sus atrocidades y consecuencias. Cuando los personajes pasan revista a sus respectivas vidas, al tramo del discurrir histórico que llegaron a conocer, o un individuo real expone sus razones para romper con el pasado, están en el fondo constanding una evidencia que ni siquiera escapa al más superficial de los exámenes: el mal triunfó sin duda de la pasada centuria. De hecho, perdura aún su tosco gesto, su aciaga intención se deja ver tras gestos y comentarios que quieren aparentar prudencia, que dicen amar la paz, ahora que al fin llega a este infausto país, después de lustros de violencia, acaso de décadas de rencor. Qué imposible resultará si no hay un esfuerzo decidido por echar a andar, no, a volar incluso, y pensar que, como así lo afirma el creador de la obra cuya reseña concluyo, sin resentimiento se vive más y mejor. O por lo menos se vive.

Juan Manuel Checa
Universidad de Barcelona